

HUMANITAS

ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS HUMANISTICOS



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON

Año I

Nº 1

1960

al nacimiento de esta central de trabajo en el México de hace tantos años, nos alegramos de ello porque, en definitiva, un poco del espíritu de la América nuestra anima las creaciones de los que en la institución participan. Nuestra voz se deja escuchar en las reuniones en que actúa gente de otros idiomas. Es un mensaje que se recibe, siempre con cariño, a veces con entusiasmo.

LOS INFIERNOS HELENICOS

† Dr. ALFONSO REYES

Presidente de la Academia Mexicana de la Lengua

1. El estudio de la vida futura entre los griegos y cuanto los teólogos han llamado "escatología" obliga a algunas explicaciones previas respecto a las nociones ético-religiosas.

Desde muy pronto se nota la tendencia a combinar las imágenes de lo subterráneo y lo infernal. La muerte parece un retorno al seno de la tierra y es muy comprensible que las deidades de la muerte asuman un aspecto siniestro. Por otra parte, el anhelo humano exige una compensación a las penalidades terrestres, y de algún modo quiere asegurarse una suerte de inmortalidad y una futura salvación. Pero la necesidad de otorgar a las almas premios y castigos, concepto de la justicia distributiva en el "ultramundo", no aparece de una sola vez. Se fue esclareciendo poco a poco merced a las promesas de los Misterios (Deméter, Cora, Dioniso), a las doctrinas de las sectas místicas (orfismo, pitagorismo en uno de sus aspectos) y a las prédicas de los poetas y filósofos dotados de genio religioso (Píndaro, Platón). Al fin se llegó a unos como bocetos de los que más tarde serán el Infierno y el Cielo de los medievales. No puede decirse que estos lugares correspondan exacta y distintamente a los lugares míticos de los griegos. Hubo siempre una indecisión de fronteras y algo como una falta de enfoque.

2. Aunque los tres sitios tienden a confundirse un tanto, hay

que distinguir entre el Tártaro, cuya región menos profunda es el Erebo, las Islas Bienaventuradas (Campos Elíseos o Elíseo) y la Casa de Hades o Casa de los Muertos.

El Tártaro corresponde al régimen hesiódico, a la etapa vetusta. Es una noción prehelénica que se incorpora en la mentalidad griega a modo de proemio, de asepsia previa para poder instaurar el orden olímpico; es una cárcel para los antiguos dioses derrotados. La imaginación homérica presta al Tártaro un vestíbulo de bronce y lo cierra con puertas de hierro. O el Tártaro está en las honduras de la Tierra, o en algún abismo muy lejano. Pero de repente aparece como un anexo de la Casa de Hades, una suerte de crujía penitenciaria. Según Homero, se encuentra situado en un punto que dista de la Tierra cuanto ésta dista del Cielo; sin embargo, en otro pasaje, lo confundí un poco con la Casa de Hades, pues hace que Odiseo encuentre aquí, al lado de los espectros comunes, a algunos reclusos del Tártaro. No espere- mos, pues, una repartición muy estricta de los penados. Tampoco una descripción muy precisa de estos lugares fantásticos; si, para Homero, el Tártaro es una región sin luz y sin aire, para Hesíodo es una región tempestuosa.

En principio, el Tártaro no está destinado al castigo sobrenatural de los hombres, sino de los personajes míticos que han agraviado a los dioses. La mente helénica no se conformó con encerrar allí a los Titanes en categoría de poderes ya destronados, sino que dibujó con nuevos toques la figura de algunos, atribuyéndoles determinadas ofensas particulares. Así sucede con Titio, Tántalo, Sísifo, Ixión. También Tifeo y los Aloades purgan su condena en el Tártaro, y ya sabemos que Prometeo, pecador aparte, mereció también un castigo excepcional, un infierno ad hoc en el Cáucaso.

3. El gigante Titio habitó, en vida, la isla de Eubea, donde alguna vez lo visitó "el rubio Radamantis", futuro juez de los infiernos. Titio pretendió adueñarse de la diosa Latona, y los hijos de ésta, Apolo y Artemisa, le dieron muerte, pues así acostumbra-

ban vengar siempre los agravios de la familia. Ahora, derribado en el suelo, el cuerpo de Titio cubría no menos de nueve yugadas. Como a Prometeo, dos buitres le devoraban el hígado, entendido entonces centro de la concupiscencia. El castigo era adecuado a su falta.

4. Tántalo, un riquísimo rey de Lidia, padre de Pélope y de Niobe, antecesor de Agamenón y de Orestes, a quienes transmite la maldición de su raza, es generalmente acusado de haber servido a los dioses, para probar su sabiduría, la carne de su propio hijo. Los dioses se percataron al instante, salvo Deméter, quien distraída con el dolor de haber perdido el rastro de su hija Cora, devoró descuidadamente el hombro de Pélope. Devuelto a la vida por Zeus, Pélope llevó en adelante un hombro de marfil, y su padre Tántalo fue precipitado en el abismo infernal.

(Algún delito muy parecido se atribuye a Licaón, rey de Arcadia e hijo de Pelasgo, cuya piedad lo movió a fundar el culto de Zeus Liceo o Licayo, pero cuya locura lo arrastró a sacrificar a Zeus sus cincuenta hijos, una de las causas del Diluvio griego en ciertas versiones).

El delito de Tántalo se cuenta también de otras maneras: *a*) Se dice que se robó el néctar y la ambrosía de los dioses para brindarlo a sus amigos; *b*) que reclamó para sí la inmortalidad o algún otro privilegio divino; *c*) que divulgó ciertos secretos celestes; *d*) que encubrió a Pandáreo y no quiso revelar a Hermes dónde había ocultado aquél los bienes que sustrajo del sagrario de Zeus, y especialmente un perro de oro; *e*) que fue él, y no Zeus ni los dioses por orden de éste, quien robó a Ganimedes, el hijo de Tros, fábula tardía que no explicaría su castigo, puesto que Zeus aprovechó este rapto y convirtió a Ganimedes en copero de sus festines olímpicos; *f*) que, adelantándose a ciertos filósofos, declaró que el Sol no era un dios, sino una masa incandescente, versión igualmente tardía.

Su castigo —que en alguna tradición de última hora se reduce a haber sido aplastado, como un Gigante, bajo el monte Sipilo—

es proverbialmente conocido como una tortura constante de hambre y sed. Sumergido hasta el cuello en un pozo de agua, el agua huye de su boca cuando quiere beber un trago. Sobre su cabeza, los árboles suspenden sus frutos; pero, si llega a alargar la mano, un viento aleja las ramas y las pone fuera de su alcance.

5. Sísifo, legendario rey de Corinto, fue famoso por su ingenio y su astucia. Se explica que una tradición tardía quiera hacerlo padre de Odiseo, quitando su lugar legítimo a Laertes, pues Sísifo pertenece a la misma casta de los maestros en ardidés que el sutil personaje homérico ha bautizado con su nombre. Autólico, abuelo materno de Odiseo e hijo de Hermes —dios que es, en mucho, un verdadero patrono de los ladrones—, había recibido de éste el don de hacer invisibles los objetos que hurtaba, o bien de mudarlos de aspecto. Un día robó las reses de sus vecinos y, desde luego, las transformó hasta hacerlas incognoscibles. Pero Sísifo pudo rescatar las suyas fácilmente, gracias a cierta marca secreta que les había hecho bajo las pezuñas.

Si, por una parte, Sísifo arranca del tema del Ladrón Simpático, por otra se relaciona con el tema del Diablo Burlado. Por haber delatado sus amoríos con Egnia, Zeus ordenó a la Muerte que cargara con aquel indiscreto. Pero Sísifo logró encadenar a la Muerte. Libertada por Ares, la Muerte intentó un nuevo ataque. Sísifo, ya agonizante, tuvo tiempo de recomendar a su esposa, la Pléyade Mérope, que abandonara su cuerpo sin sepultura. Ante tan impía transgresión, Hades no podía darle cabida entre los muertos, y otra vez lo mandó a la tierra para que castigara la negligencia de Mérope. Sísifo volvió, en efecto, pero nunca se cuidó de castigar a su esposa, y murió de viejo, habiéndose reído de los dioses a su sabor. Sin duda se dejó llevar de su ingenio y no midió las consecuencias. Por lo cual lo encontramos ahora, en el Tártaro, obligado a encaramar incesantemente una pesadísima roca hasta una eminencia. En llegando a la cima, la roca rueda otra vez barranca abajo, y Sísifo vuelve a la faena.

Este castigo se ha prestado a interpretaciones. Ya se lo ve como

alegoría de los vanos esfuerzos para contener los embates de las olas contra las peñas del istmo de Corinto; ya se lo refiere a ciertas imágenes artísticas que representan a Sísifo acarreado piedras para edificar la muralla del Acrocorinto.

6. Finalmente, Ixión, un nativo de Tesalia, era esposo de Día, hija de Eioneo. Cuando éste, según la antigua costumbre, fue a cobrar el precio de su hija, Ixión lo precipitó en un pozo de carbón ardiente. Zeus, sin embargo, le concedió purificarse del crimen. Ixión le pagó con la ingratitud, pues osó poner los ojos en Hera. Ixión, creyendo poseer a Hera, engendró en la nube la raza salvaje de los Centauros, cuyo primer ejemplar, Quirón, había sido hijo de Cronos y de Filira. Ixión recibió por castigo el girar eternamente, atado a una rueda.

7. En los ejemplares anteriores, al lado de las torturas físicas hay una tortura moral que podemos reducir a la decepción de los empeños frustrados o imposibles, a la repetición incesante de un acto inútil. Esto nos recuerda a otros penitentes: a las Danaides, obligadas a llenar un tonel sin fondo, y a su contrafigura humorística, Ocnos el Soguero, el que trenza pacientemente una cuerda, mientras por el otro cabo su asno se la va comiendo. Pero este Ocnos más bien es personaje folklórico (motivo semejante a la tela que Penélope teje de día y desteje de noche), aunque la tremenda sistematización de los mitólogos lo haga pasar después por un pecador castigado.

8. Por supuesto que los distintos autores mandan al Tártaro a quien les place, con la misma libertad que Dante usó en su *Infierno*. No falta quien nos pinte allí a Teseo y a Pirítoo sujetos mágicamente en sendas sillas, por haber intentado rescatar a Cora. Pero la historia se dulcifica explicando que el castigo de Teseo fue pasajero; y la veneración de los atenienses por su héroe nacional los lleva a decir que Teseo se ofreció como víctima voluntaria, sea para salvar a su compañero Pirítoo o bien para compartir su muerte.

9. Según Virgilio, también está enclaustrado en el Tártaro cierto hijo de Eolo, es decir, hermano de Sísifo, que se llamaba Salmoneo. Fue padre de Tiro, reina amada por Posidón, y, en consecuencia, fue antecesor del héroe minio Jasón, capitán de los Argonautas. El rey Salmoneo parece haber sido originariamente un mago, un evocador del rayo y la lluvia: aquello, para amedrentar al enemigo; esto, para el provecho de su tierra. Y si imitaba el trueno de Zeus con el estrépito de su carro de bronce, y las centellas de Zeus arrojando teas encendidas, tal vez no lo hacía para emular al dios, sino en la función misma de su oficio. Zeus lo fulminó con una descarga, lo que prueba que murió cumpliendo satisfactoriamente su deber, puesto que, efectivamente, provocó y atrajo el meteoro. Homero lo trata todavía con respeto. Pero luego se lo hizo pasar por un desorbitado cuyas extralimitaciones tuvo que castigar el cielo. Vestigio de antiguas hechicerías y de la profesión de mago que nunca prosperó en Grecia —pues los evocadores de lluvias, en tiempos históricos, tenían siempre buen cuidado de implorar la voluntad de Zeus, convirtiendo así en sentido religioso lo que antes pudo ser una acción de magia directa—, sin duda Salmoneo proviene de una tradición muy remota, y la radicación de su fábula en tierras septentrionales y extremadas acusa ya el contagio de la barbarie prehelénica. Conviene recordar, además, que la fulminación por el rayo se entendió más de una vez como una consagración divina.

10. Nos hemos asomado al Tártaro. Asomémonos ahora a la segunda mansión de ultratumba: el Elíseo o Campos Elíseos, especie de paraíso minoico que los griegos identificaron con sus islas Bienaventuradas. Frente al espantable Tártaro y a la penumbrosa mansión de Hades, el Elíseo es un lugar placentero. Lo gobierna Radamantis, solo o en compañía de Cronos. Allí son trasplantados en cuerpo y alma ciertos mortales amados de los dioses, como Menelao, para gozar de una dicha imperecedera. No es todavía un lugar de premios, sino de favores divinos, aunque ha de llegar a serlo. Los griegos acaban por enviar al Elíseo, como si

dijéramos de propia autoridad, y también a consecuencia de la evolución en las ideas ético-religiosas, a sus héroes predilectos, ora mitológicos (Diomedes, Aquiles), ora históricos (los tiranizadas, como Harmodio y Aristogitón, etc.). Podemos decir que si Hades rige directamente la Casa de los Muertos e interviene en los negocios del Tártaro, el Elíseo escapa prácticamente a su poderío.

Píndaro describe el Elíseo como lugar acariciado por las brisas oceánicas, poblado de áureas flores, terrestres y acuáticas, prados aromosos y opulentos trigales. Los bienaventurados, ceñida la frente de guirnaldas, llevan la existencia propia de los caballeros helénicos, entregados a los deportes y a las artes. En los altares de los dioses, arden inciensos que dan a la región un olor balsámico. Y, desde luego, los bienaventurados no necesitan trabajar, pues la tierra les da el sustento espontáneo: añoranza de la Edad de Oro. Cronos, ya destronado, se llevó consigo sus normas al reino subsidiario que Zeus dejó bajo su guarda.

11. Llegamos a la tercera región, la Casa de los Muertos, su verdadera morada, el refugio para las almas ordinarias, el recinto subterráneo de Hades, que bien podemos imaginar como situado entre la Tierra y el Tártaro.

La entrada al reino de las sombras se halla, según tradiciones locales, en el Tenaro (Esparta). Pero la tradición homérica lo envía al país caliginoso y septentrional de los cimerios (que tampoco es la Cimeria o Crimea histórica), allende el Océano, en un sitio donde crecen los sauces y álamos sacros de Perséfone, junto a las Puertas del Sol y a la Mansión de los Sueños, más allá de las Rocas Blancas, en la confluencia de dos grandes ríos interiores. Allí, en la Pradera de Asfódelos, los espectros, tristes y atenuadas imágenes de los vivientes, arrastran un reñedo de existencia mil veces peor que el aniquilamiento.

12. Una descripción sintética de la morada de las sombras, combinando a Homero y a otros autores, nos permite imaginarla como un territorio inferior, separado del resto del mundo por alguno de

los cinco ríos infernales: Estix (la Horripilante), Aqueronte (el Funesto), Periflégeto o Flégeto (el Ardiente, el de la pira fúnebre), Cocito (el Gimiente) y Leteo (el del Olvido). Algunos de estos nombres se aplicaron a ríos reales, lo que crea muchas confusiones. Estix era también un río de Arcadia; Leteo (el Olvido) y Mnemósine (la Memoria) también eran unas fuentes que brotaban en la caverna oracular de Trofonio (Lebadea, Beocia), y cuyas aguas hacían olvidarlo todo, salvo las órdenes que dictaba el oráculo; Mnemósine —así bautizado por los griegos— fue asimismo un río de Galicia (España). El Aqueronte es río aquí, lago allá, y en otras partes, simple pantano.

13. La frontera del otro mundo suele situarse en el Aqueronte mítico, y más generalmente, en la Estix. El barquero que transporta a las almas es Caronte. (¿dios de los muertos entre los etruscos?), a quien hay que pagar un óbolo por sus servicios. El óbolo o los óbolos para los gastos del viaje se ponían en la boca de los difuntos (a menos que sea una chuscada de Aristófanes). Las puertas están guardadas por el Cancerbero, al que es fuerza echarle, para que se distraiga y permita la entrada, la torta de harina y miel que solía depositarse en las tumbas. Virgilio todavía complica el tránsito, pues habla de una zona intermediaria, un Limbo entre el Elíseo y el Tártaro, destinado a los que mueren antes de su hora, a los niños, a los suicidas o a los caídos en combate. Pero, para llegar al definitivo aposento de los muertos, era indispensable que el cadáver hubiera sido ritualmente inhumado o, durante la época de las invasiones y guerras heroicas, debidamente incinerado.

14. La existencia de las sombras no pasaba de ser una continuada lamentación, un llorar y suspirar por la vida. Se comprende que la imaginación griega haya reaccionado contra tan doliente perspectiva, y se haya inclinado hacia las tradiciones más edificantes del Elíseo prehelénico, hacia las promesas de los Misterios y las esperanzas místicas del orfismo y el pitagorismo. Aunque la fábula posterior sitúa en el Elíseo al héroe Aquiles, mientras éste —como en Homero habita el reino de Hades— no hace más que

echar de menos la tierra, y declara que preferiría mil veces ser el último esclavo entre los vivientes a seguir de príncipe entre los muertos. Por este camino, Grecia hubiera podido llegar prematuramente al descreimiento completo. Y así cuando, siglos después, el materialista Lucrecio oponga a esta imagen pavorosa y a los miedos de la superstición la idea de la disolución absoluta, puede decirse que, en verdad, más que una amenaza ofrece un consuelo.

15. Los muertos, en principio, conservan en la mansión de Hades el estado que ocuparon en vida: príncipe el príncipe, rico el rico, pobre el pobre, esclavo el esclavo. Y así, aunque gradualmente se perfila la figura de unos Jueces de los Muertos, que reparten premios y castigos de acuerdo con la conducta anterior de cada uno, puede creerse que, en el origen, los grandes monarcas, por ejemplo Minos, sencillamente siguen administrando justicia entre sus súbditos y resolviendo sus posibles querellas como lo hacía en vida.

16. Pues, en efecto, habrá un juicio y habrá tormentos para las almas condenadas. Hades ejerce sobre todo ello una autoridad superior, pero sólo excepcionalmente se ocupa en persona de los castigos. Los verdaderos jueces son Minos, Eaco y Radamantis, cuyas funciones se han distribuido de muy diversos modos. Platón las ha sistematizado de manera ingeniosa: Radamantis juzga a los asiáticos, Eaco, a los europeos, y Minos decide en caso de empate.

17. La ejecución misma de las penas queda a cargo de la Quimera y, sobre todo, de las Erinies. Estas diosas, a quienes en la fábula hesiódica vemos nacer de la sangre de Cronos que goteaba sobre la tierra, son mitos de origen muy oscuro. Se las representa con cabelleras de serpientes, teas encendidas y látigos en la mano. Aunque llenas de fiereza, más bien son hermosas, en contraste con los diablos etruscos o medievales. Habitan el reino inferior, y sin duda viajan entre el Tártaro y la mansión de Hades, pero vienen también al mundo para cumplir su misión terrestre. Los romanos las llamaron Furias, o por su oficio o porque las relacionaron con Furina, una deidad hartamente nebulosa.

a) Las Erinies, por sus funciones, muestran algún vago parentesco original con Deméter y los demás poderes terrestres, depositarios de la venganza. No sólo castigan a los muertos, sino que persiguen a los delincuentes en este mundo, los desmedran hasta convertirlos en sombras, los precipitan en la mansión de Hades, y todavía allí los torturan. No califican el delito, no distinguen entre el dolo y la culpa sin intención: están aún en los albores de la conciencia moral. Sin embargo, representan ya un segundo paso en la evolución de los sentimientos penales, puesto que no castigan ya a los clanes y a las familias, sino sólo a los individuos, aunque todavía las inspira y mueve la ética del clan. En la era prehistórica, los agravios exteriores, entre uno y otro clan, se resolvían por el desquite o la venganza de sangre. Pero ¿qué hacer con los agravios entre individuos del propio clan, cuya sangre no debía derramarse? Había que segregarse del grupo a los delincuentes, dejarlos morir de hambre o algún recurso parecido, y entonces entraban en acción las Erinies. Además de que su castigo era eterno, pues continuaba más allá de la tumba.

b) Su remota relación con los poderes terrestres confiere también a las Erinies cierto carácter de divinidades agrícolas, rasgo mitológico el más generalizado y constante, en virtud del cual suele confundírselas con otros espíritus más benévolos, como las Euménides. Siempre andan en compañía de otras deidades, cuyo nombre con frecuencia usurpan para poder merecer algún culto. A veces se mezclan con las Arpías, genios del viento, sin duda porque el espectro de los difuntos, psique o alma, se confunde con el soplo, el resuello. Se las emparenta con las Manías —relación con las Ménades, las mujeres enloquecidas en el culto orgiástico de Dioniso—, porque enfurecen a sus víctimas y las llevan a la enajenación.

c) Se ha querido ver en ellas los espectros mismos de los muertos que vuelven a vengar sus agravios. Pero es más lícito considerarlas como espíritus incorporados de la maldición, que ellas se encargan de cumplir ciegamente, sin atenuantes ni excepciones

y que, como un movimiento de relojería, una vez que se ha echado a andar no podría ya detenerse.

d) Les incumbe remediar toda violación de las normas naturales, y así, se encargan de privar cuanto antes del habla a Janto, el caballo de Aquiles, a quien Hera ha permitido excepcionalmente dirigir a su amo algunas palabras. Y Heráclito, especulando por su cuenta, decía que, si el Sol perdiera su camino, las Erinies se encargarían de imponérselo.

e) De modo especial, vengan los agravios de los hijos o los hermanos menores contra los padres o los mayores, y acaso también escuchan las quejas de los mendigos desairados y de cuantos merecen compasión. Y todavía más especialmente, castigan los crímenes entre gente de la misma sangre. No se ocupan de Clitemnestra, aunque ésta asesinó a su esposo: pero sí atormentan, sin querer atender razones, a Orestes, porque él, en desquite, dio muerte a su madre Clitemnestra.

18. Las Erinies son personajes predilectos de la literatura, como puede verse en la leyenda de Orestes, que tanto ayuda para entender la función punitiva a que estas diosas se consagran:

a) A su regreso de Troya, Agamenón muere a manos de su esposa Clitemnestra y de Egisto. Orestes, el único hijo varón, sobre quien recae el derecho de la familia, venga a Agamenón dando la muerte a Clitemnestra. Homero y Sófocles, fieles a la jurídica de los aqueos, lo hallan justo, tanto más cuanto que Orestes ha obrado por consejo de Apolo. La tradición esquiliana, que ignora estas sutilezas, lo somete pura y sencillamente a la persecución de las Erinies, puesto que ha derramado la sangre materna. Orestes sólo podrá ser absuelto por el Areópago ateniense, al que se someten los mismos dioses. Las Erinies acusan a Orestes y lo defiende el mismo Apolo. Los jueces están divididos, y decide el pleito el voto de calidad de Atenea, que favorece al vengador de su padre. Para aplacar a las Erinies, Atenea instituye en el Atica un culto en honor de tales diosas disimulando su terrible nombre bajo el

de Euménides o "Diosas Benévolas". Los sociólogos investigan aquí el paso del vetusto matriarcado al nuevo respeto patriarcal.

b) Según otra fábula, Orestes no resulta absuelto por tribunal alguno, sino que, para alcanzar el perdón, debe antes purificarse de alguna suerte, parece que por diligencia de Apolo, el dios de las purificaciones, y mediante la aspersión ritual de sangre de cerdo, episodio que sitúa en Megalópolis (Arcadia) donde se adoraba juntamente a las Erinies y a las Gracias.

c) Eurípides —postura sintética— somete a Orestes a una absolución condicional. Su liberación definitiva será el resultado de una penitencia: deberá emprender un viaje expiatorio a Táuride (Crimea), y allí rescatar la efigie de la diosa Artemis, que era hasta entonces objeto de una adoración bárbara y sanguinaria en aquellas tierras distantes. Recobrada la efigie, se instituye en Hale (Atica) el culto de la Artemis Taurópolos, donde un rasguño en la garganta del fiel conserva el recuerdo de los antiguos sacrificios humanos.

d) Pausanias nos da una versión más cruda: para mitigar la ira de las Erinies, Orestes tiene que morderse un dedo y entregarles la porción de sangre que le reclaman. Las Erinies, de negras que eran, se emblanquecen al instante y perdonan.

e) Los racionalistas —y Eurípides el primero— dan a entender que las Erinies no son más que una figura mítica del remordimiento.

19. Este paseo por los infiernos helénicos nos ha permitido apreciar las últimas proyecciones del dominio de Hades, y el contraste entre las visiones desesperadas y las visiones placenteras de ultratumba; donde comenzaron a elaborarse, de modo inconexo y vacilante, las ideas que el cristianismo medieval dejó en herencia a los modernos.

LA NOVELA EXPERIMENTAL Y LA REPUBLICA COMPENSIVA DE HISPANOAMERICA:

Estudio analítico y comparativo de *Nostromo*, *Le Dictateur*,
Tirano Banderas y *El señor Presidente*.

Dr. SEYMOUR MENTON
University of Kansas

LA REPÚBLICA COMPENSIVA de Hispanoamérica fue un tema ideal para los novelistas del primer tercio del siglo veinte que se destacaron por sus innovaciones radicales. Balzac y Zola, con una forma narrativa tradicional del siglo diecinueve, habían necesitado veinte volúmenes o más para componer sus enormes cuadros de las distintas capas de la sociedad francesa. Conrad, Miomandre, Valle-Inclán y Asturias, todos novelistas del siglo veinte, se adelantaron mucho a sus precursores franceses. Por medio de diversos métodos experimentales, fueron capaces de describir no sólo cierta capa de la sociedad de cierto país en cierto período de la historia sino la sociedad entera de toda Hispanoamérica abarcando un período de tiempo indeterminado.

La Guerra de 1898 y las subsiguientes operaciones imperialistas de los poderes mundiales habían resucitado interés en esta región cuya agitación constante vista desde afuera parecía incomprendiblemente ridícula. Debido a las muchas semejanzas entre las diecinueve repúblicas hispanoamericanas, los novelistas decidieron fundirlas en un solo país imaginario que representara a todos.

Para lograr su propósito, Joseph Conrad crea en *Nostromo*